

EXEGESIS DE "LA INVERSION DE LOS VALORES" O DE UN LUGAR COMUN

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Por lo pronto, iniciemos esta nota acerca de "la inversión de los valores", la obstinada expresión burguesa sobre un cierto orden de relación de lo espiritual a lo material, diciendo que los valores no son, sino que significan simples cualidades valentes, elementales atributos valiosos de las cosas. ¿Por qué? Simplemente, porque nadie podrá ver, ni sentir las impresiones subjetivas de agrado o desagrado de una cosa real que se denomine valor, como vemos y sentimos en nuestra vida esas otras cosas, reales esas sí, que llamamos árboles, nubes, ríos, y la muchedumbre de objetos que percibimos, que intuimos, ingenuamente, en la relación vital, inmediata, de seres vivientes. No: no son algo real, de las cosas reales que hay en nuestra vida y para nuestra vida. No son objetos materiales o animales o vegetales con los cuales actuemos y donde nos movemos. Y, sin embargo, —¡cosa curiosa!— están ahí, sobre la noción pura de espacio externo y fuera de la vida psíquica. Están en la forma de valores útiles, en la forma de valores vitales, de valores lógicos, de valores estéticos, éticos y religiosos. Podríamos entonces asignarlos a la espera de los objetos ideales. Tan íntima y estrecha, sin discernir bien entre unos y otros, es la unión de los valores con los objetos ideales, que aparecen a las veces confundidos. Pero no. Todo eso que llamamos objetos ideales, la diferencia, la igualdad, el círculo, el número, etc., no los podemos llamar valores, puesto que su representación, sola, aislada, es posible ante la vista del pensamiento y la de los valores imposibles.

¿Podemos, acaso, representarnos, ante la visión intelectual, la maldad, la hermosura, aparte de las cosas que las tienen? Los valores no son, pues, ni las cosas ni los objetos ideales, sino algo que tenemos que pensar de las cosas, en el sentido de preferencia, de cualidad. Así, acabamos de "mostrar" lo que son los valores.

Sabemos qué son los valores, las cosas que valen; podemos distinguirlos radicalmente de las cosas, mas no separarlos. Entonces, en este momento, cabe preguntarnos: ¿qué exactitud tiene la expresión *inversión de los valores*? Es una expresión exacta, aceptable en los valores mismos, dentro de los valores? ¿Diremos que es válida, universalmente válida, en todo y para todo? Psicológicamente, como inversión de las impresiones gratas o ingratas de las cualidades de las cosas que hieren nuestro yo

subjetivo, la expresión "inversión de los valores" es inválida. Es más: carece de sentido. Y para que sea válida no vale hablar de proyección sentimental. La proyección de las impresiones agradables sobre las cosas mismas no satisface la clasificación de los valores en sus relaciones mutuas, porque un valor, si es impresión, si es sensación, carece de criterio de valor, pues sigue siendo impresión. Cada quien construye, según su muy peculiar manera de pensar, su tabla de valores. Bien decía el que dijo: "Veo lo mejor, y lo aplaudo, y practico lo peor". Lo que para este es hermoso, será para ese otro indiferente. Habría tantas inversiones de valores, mejor de impresiones cuantos hombres hay. En ese sentido, difícil sería afirmar que lo inferior ha llegado a ser lo superior. Porque acerca de la otra acción o repulsión subjetiva, no hay discusión posible; acerca de los valores, hay discusión. Eso es decir, claro está, que el sentimiento subjetivo que las cosas nos producen nadie puede negarlo: es tal y como nosotros digamos. En cambio, la belleza de algo que posee valor, un paisaje, por ejemplo, acaso no será tal y como yo diga.

De modo que, psicológicamente, esta expresión de la "inversión de los valores" es inválida, es nula. ¿Lo será, por ventura, respecto de los valores mismos? La teoría de las estructuras ónticas, de las categorías ónticas de los valores tendrá que decirnos si es posible. Y bien, las categorías ónticas, es decir, "las estructuras propias de cada región del sur", indican de momento, entre otras, que estos constituyen un conjunto ordenado. Lo que quiere decir que la multiplicidad de los valores, o sea la multiplicidad de modos de valer, se clasifica para afirmar unos valores superiores a otros: la santidad afirmase superior a lo misericordioso; lo misericordioso afirmase superior a lo sublime: lo sublime afirmase superior a la verdad y ésta, por su parte, se afirma superior a la fortaleza, y ésta a su vez, superior a lo conveniente. Ahora, pensamos, lo primero, de estas cualidades que unas son menos indiferentes que otras, mejores éstas a aquellas otras, que reputamos peores: y al reputarlas mejores o peores estamos estableciendo una jerarquía que, por hallarse hacia dentro de uno mismo, esta forma de sentimientos, de impresiones subjetivas, de las impresiones que esos valores suscitan en el ánimo.

Y es así como van confundiéndose los valores con los sentimientos. Mas esta explicación, que se me antoja satisfactoria a mi intento, con todo me parece trunca. Los valores tienen, pues, que ser objetivos. Por lo tanto, "no son, según García Morente, simplemente el peso o residuo de agrado a desagrado, de placer o de dolor, que queda en el alma después de la contemplación del objeto". Si no fueran independientes de las puras impresiones personales del dolor o del placer, significaría que para unos habría valores y para otros no. Con lo cual se inferiría, a su vez, que son relativos. Y si son relativos, si un valor pueda dejar de valer, ¿para qué hablar de jerarquía de los valores: la última categoría de la esfera ontológica del valor? De aquí se puede extraer también otra consecuencia, y es: que todo valor tiene su contravalor. A la jerarquía de los valores positivos, se contrapone, en efecto, la jerarquía de los valores negativos. Pues la "no-indiferencia", en que el valer consiste, implica siempre dos posibilidades de alejarse del punto de indiferencia, por imperativo de su estructura esencial. Frente a lo santo se alzaría inevitablemente lo profano: a lo bueno lo malo, y a lo sublime lo ridículo. Entonces,

no existe, no puede existir, aquello de "la inversión de los valores". Lo que sucede, por desgracia, es que hay épocas en que dominan los contravalores, sin contar con que el hombre puede intuir los valores o no intuirlos, "ser ciego o clarividente para ellos".

Ahora, comprendemos la escualidez del lugar común llamado "inversión de los valores", común lugar que hiere más la sensibilidad, que no la inteligencia. Pero... ahora también comprendemos a Unamuno, el combatiente y combatido don Miguel, cuando dijo que "los que no deben sino ideas puras, destiladas, matemáticas, sin sales de yodo de la tierra impura, acaban por padecer bocio y cretinismo espirituales. El alma que vive de categorías se queda enana". ¡Horror!...
